

**Liturgia para la fiesta de la
Veneración de la Síndone
4 mayo**

Memoria

La presente traducción se ha realizado sobre los textos en italiano que se utilizan para su celebración en la Catedral de Turín y que han sido aprobados por la Conferencia Episcopal Italiana. Dichos textos se encuentran en la web oficial de la diócesis de Turín:

<http://www.sindone.org/diocesitorino/s2magazine/index1.jsp?idPagina=23930>.

Todos los textos bíblicos han sido tomados de la traducción oficial de la Conferencia Episcopal Española del año 2012. Los demás textos litúrgicos han sido tomados del Misal Romano (ed. 2016) y de la Liturgia de las Horas. Sólo son traducción directa las lecturas del *Oficio de lecturas* de *Simeón el nuevo teólogo* y el *mensaje de Pablo VI* por no encontrarse en la liturgia en español.

La finalidad de esta traducción es favorecer la celebración litúrgica de la fiesta de la Síndone. Aquellas parroquias, movimientos, cofradías... que quieran celebrarla deben tener en cuenta lo siguiente:

-No es una traducción oficial

-Deben solicitar autorización al Ordinario del lugar que debe aprobar dicha celebración

-Estos textos se han remitido a la Conferencia Episcopal Española para la aprobación de ésta u otra traducción.

La presente traducción se somete en todo al dictamen de la Iglesia. Para cualquier sugerencia, dirigirse a Ignacio Huertas Puerta: ihuertasp@gmail.com

LITURGIA DE LAS HORAS

Para la conmemoración

INVITATORIO

Ant. Venid,
contemplemos la pasión del Señor,
exaltemos su Resurrección, Aleluya.

Oficio de Lecturas

SEGUNDA LECTURA

De los Himnos de Simeón, el nuevo teólogo
(SC 174, 451)

Te doy gracias, rey justo y compasivo,
porque has sufrido por nosotros.

Te doy gracias, Señor, te doy gracias, ¡Único! a ti que escrutas los corazones, rey justo y compasivo.

Tú que no podías sufrir,
has querido sufrir a causa de los injustos,
para darme a mí, condenado, la impasibilidad
en la imitación de tus sufrimientos.
Justo es tu juicio, y el mandamiento
que nos has dado a observar, la humildad.
¡Cómo has sufrido, sin haber pecado,
soportando pruebas y tribulaciones,
persecuciones e incluso la muerte!
Te han tratado como endemoniado, loco,
enemigo de Dios y transgresor la ley.
Has sido arrestado como un malhechor,
encadenado, burlado, abandonado
por los discípulos y amigos.
Te han presentado ante el juez como un condenado,
y has aceptado la sentencia.
Por una palabra que dijiste, te dieron una bofetada,
y tu silencio te valió la condena.
Y, no pudiendo soportar a un hombre justo,
te condenaron los hombres a una muerte vergonzosa.
Te golpearon la cabeza, te coronaron de espinas,
te revistieron con un vestido escarlata
para hacerte objeto de burlas,
llevaste la cruz sobre tus hombros, y fuiste levantado.
Te doy gracias, Señor,

el hacerme sufrir injustamente;
e incluso si fuera culpa mía,
recibe mi dolor
como expiación de mis muchos pecados,
pero no me envíes una prueba superior a mis fuerzas.
Tú dispensas todo bien
a los que recurrimos a ti de todo corazón,
y les concedes la esperanza y los dones
de tu adorable Espíritu Divino.

RESPONSORIO

2 Cor 8, 9; Fil 2, 7

R/. Conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual, siendo rico, se hizo pobre por vosotros, *para enriqueceros con su pobreza. Aleluya.

V/. Se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo. *Para.

O bien:

SEGUNDA LECTURA

De los sermones de san Bernardo, abad, sobre el libro del Cantar de los cantares
Sermón 61, 3-5; Opera omnia, edición cisterciense, II, [1958], 150-151)

¿Dónde podrá hallar nuestra debilidad un descanso seguro y tranquilo, sino en las llagas del Salvador? En ellas habito con seguridad, sabiendo que él puede salvarme. Grita el mundo, me oprime el cuerpo, el diablo me pone asechanzas, pero yo no caigo, porque estoy cimentado sobre piedra firme. Si cometo un gran pecado, me remorderá mi conciencia, pero no perderé la paz, porque me acordaré de las llagas del Señor. El, en efecto, *fue traspasado por nuestras rebeliones*. ¿Qué hay tan mortífero que no haya sido destruido por la muerte de Cristo? Por esto, si me acuerdo que tengo a mano un remedio tan poderoso y eficaz, ya no me atemoriza ninguna dolencia por maligna que sea.

Por esto, no tenía razón aquel que dijo: *Mi culpa es demasiado grande para soportarla*. Es que él no podía atribuirse ni llamar suyos los méritos de Cristo, porque no era miembro del cuerpo cuya cabeza es el Señor.

Pero yo tomo de las entrañas del Señor lo que me falta, pues sus entrañas rebosan misericordia. Agujerearon sus manos y pies y atravesaron su costado con una lanza. Y a través de esas hendiduras, puedo *libar miel silvestre y aceite de rocas de pedernal*, es decir, puedo gustar y ver qué bueno es el Señor.

Sus designios eran designios de paz y yo lo ignoraba. Porque *¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién fue su consejero?* Pero el clavo penetrante se ha convertido para mí en llave que me ha abierto el conocimiento de la voluntad del Señor. ¿Por qué no he de mirar a través de esa hendidura? Tanto el clavo como las llagas proclaman que en verdad Dios está en Cristo reconciliando al mundo consigo. *Un hierro atravesó su alma hasta cerca del corazón*, de modo que ya no es incapaz de compadecerse de mis debilidades.

Las heridas que su cuerpo recibió nos dejan ver los secretos de su corazón; nos dejan ver el gran misterio de piedad, nos dejan ver *la entrañable misericordia de nuestro Dios, por la que nos ha visitado el sol que nace de lo alto*. ¿Qué dificultad hay en admitir que tus llagas nos dejan ver tus entrañas? No podría hallarse otro medio más

claro que estas tus llagas para comprender que tú, Señor, eres bueno y clemente, y rico en misericordia. Nadie tiene una misericordia más grande que el que da su vida por los sentenciados a muerte y a la condenación.

Luego mi único mérito es la misericordia del Señor. No seré pobre en méritos, mientras él no lo sea en misericordia. Y porque la misericordia del Señor es mucha, muchos son también mis méritos. Y, aunque tengo conciencia de mis muchos pecados, *si creció el pecado, más desbordante fue la gracia. Y, si la misericordia del Señor dura siempre, yo también cantaré eternamente las misericordias del Señor.* ¿Cantaré acaso mi propia justicia? *Señor, narraré tu justicia, tuya entera.* Sin embargo, ella es también mía, pues tú has sido constituido mi justicia de parte de Dios.

RESPONSORIO

Is 53, 5; 1Pe 2, 24

R/. Fue traspasado por nuestras rebeliones, triturado por nuestros crímenes. Nuestro castigo saludable cayó sobre él, *sus cicatrices nos curaron. Aleluya.

V/. Él llevó nuestros pecados en su cuerpo hasta el leño, para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia. * Sus cicatrices nos curaron. Aleluya.

O bien:

SEGUNDA LECTURA

Del mensaje del Papa Pablo VI, con ocasión de la primera ostensión televisiva de la Sábana Santa [23 de noviembre de 1973]

(Revista Diocesana Torinese 50 [1973], 465-466)

Queremos ver a Jesús

Cualquiera que sea el juicio histórico y científico que exigentes estudiosos llegarán a manifestar sobre esta sorprendente y misteriosa reliquia, no podemos eximirnos de hacer votos para que esta reliquia sirva para conducir a los visitantes no sólo a una absorta observación sensible de las líneas exteriores y mortales de la maravillosa figura del Salvador, sino que pueda introducirlos a una visión más penetrante de su escondido y fascinante misterio.

Pensamos en el ansioso deseo que la presencia de Jesús en el Evangelio despertaba por verlo; más que curiosidad, atracción. Como Zaqueo, que, como señaló el Evangelista Lucas, «buscaba ver a Jesús» (Lc 19, 3); como los griegos que llegaron a Jerusalén justo en el momento de la entrada mesiánica llamada de las Palmas, los cuales se dirigen al apóstol Felipe diciendo: «Queremos ver a Jesús» (Jn 12, 21).

¡Ver a Jesús! Pensamos en la cara rota y desfigurada de Cristo paciente, tal como lo describe el profeta Isaías: «*Sin belleza ni esplendor, lo vimos y no tenía apariencia alguna ... el último de los hombres, varón de dolores ... y le hemos considerado como un leproso ... (Is 53); Él, el más hermoso de los hijos de los hombres...*» (Sal 44: 3).

Sí, pensamos de nuevo en aquel rostro bendito que, en la noche de la transfiguración en el monte, deslumbra los ojos atónitos de los tres discípulos en una aparición inolvidable (Mt 17, 2-6; 2 Pe 1, 16-18), casi esotérica, teológica, en que Jesús se manifiesta a ellos, aunque luego, en la última cena, cuando uno con ingenuo entusiasmo le pide ver al Padre invisible e inefable declara: «*el que me ve a mi, ve al Padre*» (Jn 14, 9).

Así que: ¡qué suerte, qué misterio ver a Jesús (cf. Mt 13, 16), él, él mismo! Pero a nosotros, distantes en el tiempo y en el espacio, ¿se nos niega esta bienaventuranza? ¿Cómo podemos también fijar la mirada en ese rostro humano, que resplandece en él como el Hijo de Dios e Hijo del hombre? ¿Somos quizás nosotros como viajeros en el camino a Emaús, con los ojos llorosos, que no reconocieron a Jesús resucitado en el peregrino que los acompañaba? (Lc 24, 16).

Por el contrario, ¿deberemos resignarnos -con la tradición, atestiguada por ejemplo, de San Ireneo y San Agustín- a confesar la ignorancia total de la imagen humana de Jesús? ¡Gran fortuna la nuestra si esta supuesta superviviente imagen de la Sábana Santa nos permite contemplar alguna característica auténtica de la adorable figura física de nuestro Señor Jesucristo, y si realmente ayuda a nuestra codicia, tan intensa hoy, de poderlo también conocer visiblemente!

Reunidos en torno a tan preciosa y piadosa reliquia, crecerá en todos nosotros, creyentes o profanos, la misteriosa fascinación por Él, y resonará en nuestros corazones la amonestación evangélica de su voz, que nos invita a continuar buscándolo allí donde todavía se esconde y se deja descubrir, amar y servir en figura humana: Cada vez que hacéis cualquier cosa a uno de los más pequeños de mis hermanos, a mí me lo hacéis (Mt 25, 40).

RESPONSORIO

2 Cor 3, 18; cfr. Flp 3, 3

R/. Todos nosotros, que llevamos la cara descubierta, reflejamos la gloria del Señor *Y nos vamos transformando en su imagen con resplandor creciente. Aleluya.

V/. Damos culto en el Espíritu de Dios, y ponemos nuestra gloria en Cristo Jesús. *Y nos vamos. Aleluya.

Oración

Oh Padre,
que has glorificado a tu Hijo Jesucristo,
en su bendita pasión
y lo has constituido Señor
en su resurrección de entre los muertos;
concédenos contemplar la gloria de su rostro
a nosotros que veneramos su imagen,
representada en la santa Síndone.
Él que es Dios y vive y reina contigo,
en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.

Laudes

LECTURA BREVE

Hb. 2, 9-10

Vemos ahora a Jesús coronado de gloria y de honor por su pasión y muerte. Pues, por la gracia de Dios, gustó la muerte por todos.

Convenía que aquel, para quién y por quién existe todo, llevara muchos hijos a la gloria perfeccionando mediante el sufrimiento al jefe que iba a guiarlos a la salvación.

RESPONSORIO BREVE

R/. Te adoramos, oh Cristo, y te bendecimos, *Aleluya, aleluya. Te adoramos.

V/. Has resucitado del sepulcro. *Aleluya, aleluya. Gloria al Padre. Te adoramos.

Benedictus, ant. Tus heridas, oh Cristo, nos han curado. De tu muerte nace en nosotros la vida, aleluya

PRECES

La sangre de Cristo salva y purifica al mundo; demos gracias por este misterio de fe, diciendo:

Nos has redimido, Señor, con tu sangre.

Maestro bueno, abandonado por los discípulos y negado por Pedro:

-consérvanos fieles a tu nombre.

Tú que dices que el espíritu está pronto pero la carne es débil:

-enséñanos a orar y vigilar para no caer en la tentación.

Tú que has aceptado la voluntad del Padre hasta el sacrificio:

-haznos obedientes a su voluntad.

Tú que has dicho: «Mi alma está triste hasta la muerte»:

-recuerda al Padre nuestra debilidad.

(se pueden añadir intenciones libres)

Padre Nuestro

Oración

Oh Padre,
que has glorificado a tu Hijo Jesucristo,
en su bendita pasión
y lo has constituido Señor
en su resurrección de entre los muertos;
concédenos contemplar la gloria de su rostro
a nosotros que veneramos su imagen,
representada en la santa Síndone.
Él que es Dios y vive y reina contigo,
en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.

Vísperas

LECTURA BREVE

Gal 5,24-25

Los que son de Cristo han crucificado la carne con las pasiones y los deseos. Si vivimos por el Espíritu, marcharemos tras el Espíritu.

RESPONSORIO BREVE

R/. Cristo nos ama y nos ha liberado con su sangre.* Aleluya, aleluya. Cristo.

V/. Nos ha hecho reino y sacerdotes para Dios. * Aleluya, aleluya. Gloria al Padre. Cristo.

Magnificat, ant. El Poderoso ha hecho cosas grandes por mi: ha exaltado a Cristo y le ha dado el Nombre-sobre-todo-nombre. Aleluya.

PRECES

Salvados por la esperanza en el misterio pascual de Cristo, digamos con fe:
Danos, Señor, los frutos de tu Pascua.

Cristo Señor, acusado ante el sanedrín por falsos testimonios:

-haz que la conducta de los cristianos testimonie tu Evangelio.

Tú que has querido que Simón de Cirene compartiera el peso de la cruz:

-Concede a los que sufren el sentirse en comunión con tu pasión.

Tú que fuiste reconocido por el centurión como Hijo de Dios:

-Ilumina a los hombres de nuestro tiempo para que reconozcan en cada criatura un signo de tu amor.

Tú que has hecho nacer la Iglesia de tu costado abierto:

-haz que en ella, los hombres se encuentren contigo y entre ellos.

Señor Jesús, que has reflejado tu imagen en la Síndone:

-concede a los difuntos contemplar tu rostro glorioso.

(se pueden añadir intenciones libres)

Padre Nuestro

Oración

Oh Padre,
que has glorificado a tu Hijo Jesucristo,
en su bendita pasión
y lo has constituido Señor
en su resurrección de entre los muertos;
concédenos contemplar la gloria de su rostro
a nosotros que veneramos su imagen,
representada en la santa Síndone.
Él que es Dios y vive y reina contigo,
en la unidad del Espíritu Santo,
por los siglos de los siglos.